

**T**IENE dieciocho años y acaba de ser suspendido en el Bachillerato. Cuando llegaron las notas, los padres le dijeron: «Quince días de vacaciones en el campo y a estudiar de nuevo».

Esta mañana lo encontré instalado en la terraza del apartamento de sus padres. En la mesa, junto a los libros y los cuadernos, había una cajita de plástico llena de comprimidos blancos. En términos de farmacopea se les denomina «anfetamina» y la receta señala que es «un medicamento sedante, estimulante y que regenera las células nerviosas». Entre los deportistas es el instrumento que se utiliza para el «doping».

### los pequeños comprimidos

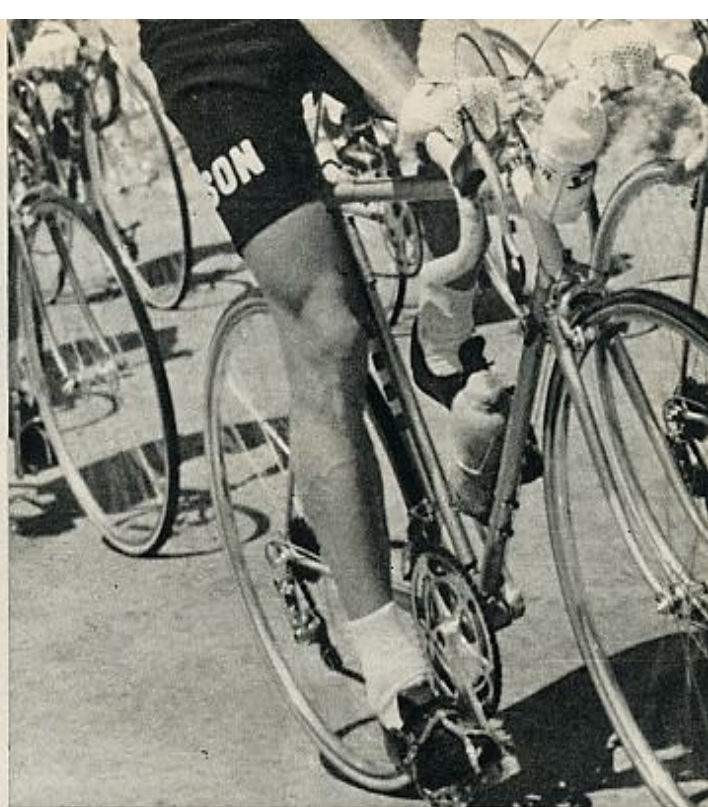
«¿No te dicen nada tus padres?», Emmanuel sonríe irónicamente. «¿Qué piensas! Los he cogido del armario de mi padre. Lo toma siempre cuando tiene mucho trabajo».

El padre de Emmanuel tiene cuarenta y cinco años y grandes responsabilidades. Usa las píldoras desde hace cinco años y lo grave es que hay millones de hombres que hacen lo mismo para poder aguantar el endiablado

do ritmo de la vida moderna. La solución del «pequeño comprimido sin peligro» está ahí, con sus efectos instantáneos. En pocos años, el «doping» se ha convertido en una costumbre que en los países industrializados ha tomado la forma de una intoxicación a escala nacional. Es un ejemplo evidente de ello la extraordinaria expansión que ha alcanzado el consumo de productos farmacéuticos en los países civilizados.

Pero es precisamente entre los atletas y, sobre todo, entre los atletas profesionales, donde este fenómeno se produce de manera más espectacular. En el mundo del deporte, el «doping» es el medio providencial de correr más de prisa, de llegar más lejos, de ser el primero y el más fuerte.

En la última Vuelta a Francia se han dado las primeras manifestaciones de lo que se llama la «lucha anti-doping». El dispositivo represivo que se instaló en aquella ocasión hirió de tal forma el amor propio de los corredores que hicieron huelga al borde de la carretera, como los obreros cuando se atenta contra sus derechos sindicales. Esta reacción puede sorprendernos. Sin embargo, debemos comprender que para el deportista profesional, lo mismo que para el hombre de la calle, el «doping» se



ha convertido en un hábito. El fenómeno del «doping» está tan arraigado en la mayor parte de los corredores que prefieren arriesgarse a una sanción oficial antes que prescindir de él.

«¿Pero qué es lo que se imaginan? ¡Todo el mundo se dopa durante la Vuelta! ¿Acaso saben lo que es una temporada de verano para un ciclista? La Vuelta dura tres semanas y no hablo de las pruebas que hay que correr en provincias antes de llegar al Parque de los Príncipes. Suprimid el «doping» y veréis cuántos hombres terminan». El que me dice esto es un deportista de treinta y cinco años, con una gran carrera a las espaldas, una mujer encantadora y dinero en el bolsillo. En el café donde hablamos se encuentra como en su casa. A él tampoco le ha gustado el control «anti-doping».

«Se habla siempre del ciclismo. Pero en todo es igual. Los boxeadores se drogan para no sentir los golpes, los futbolistas para no perder velocidad, los atletas para poder relajarse, y los nadadores para aguantar las distancias».

Le dejo continuar su requisitoria...

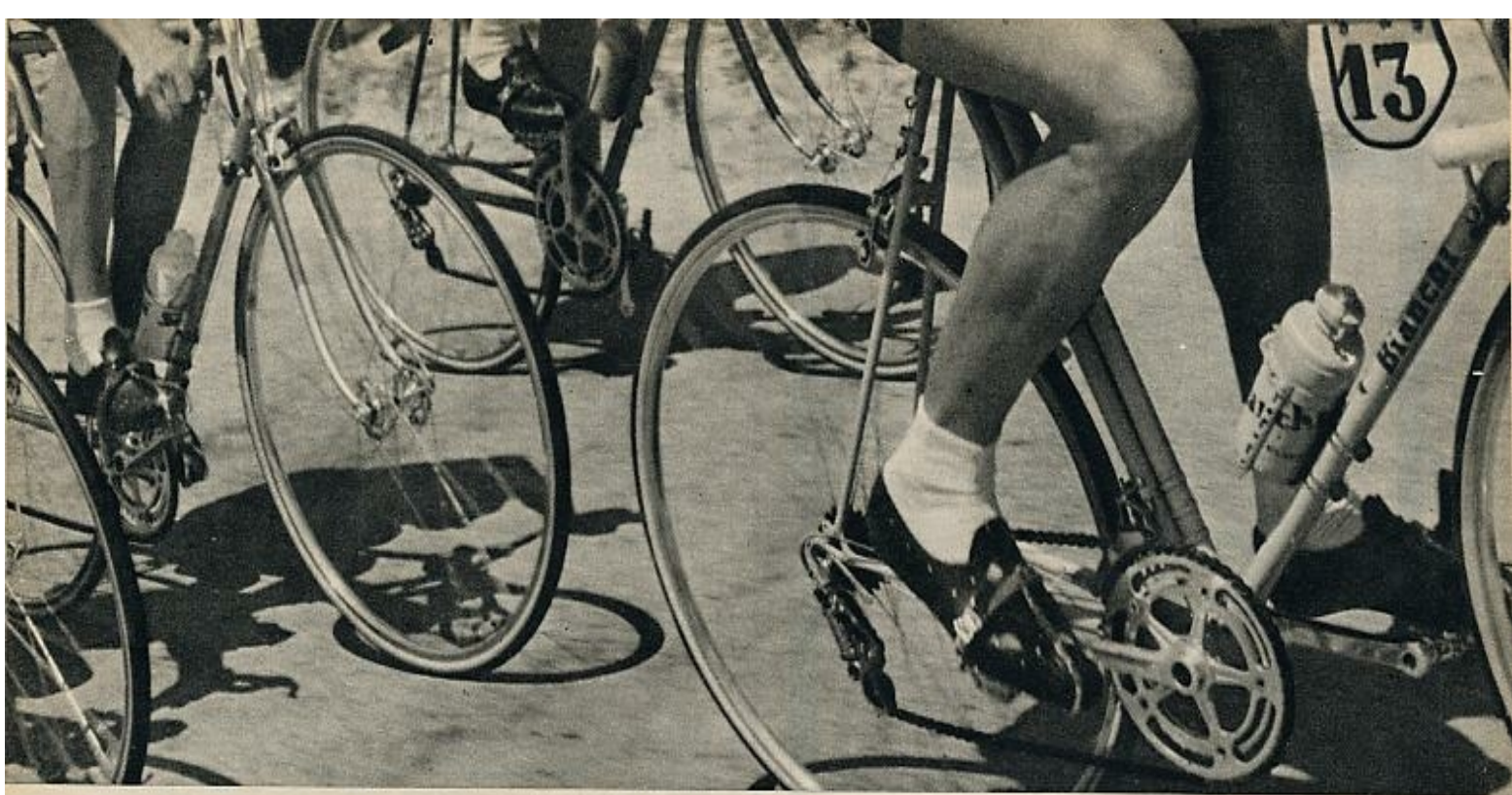
«Por otra parte, ¿qué es el «doping»? ¿dónde empieza y dónde termina? El galeno que prescribe un tranquilizante al deportista angustiado, ¿dopa o cumple con su obligación de médico? La nadadora que «corta» sus reglas tomando píldoras anticonceptivas porque tiene que participar

en una competición, ¿tiene derecho a ello? ¿Ha visto usted lo que le ha pasado al gran «Machin» este año? Hace por lo menos diez años que el profesor X se ocupa de su «preparación biológica». Durante todo el año vigila su estado general, regula su alimentación y su entrenamiento de acuerdo con el entrenador y el cuidador. También se ocupa de su «doping». Cuando se acerca la temporada de las grandes carreras del verano, montan una especie de hospital de campaña».

«Por la mañana, «Machin» se traga un fuerte analgésico que le evite sentir el dolor del esfuerzo: estricnina, nuez de kola y, por supuesto, «ampfetamina». Con este tratamiento, resiste la prueba bastante mejor que la mayoría de los otros corredores. Cuando termina una etapa comienza la segunda parte de la historia. Entonces, se le aplica una inyección intravenosa de glucosa acompañada de un cocktail de vitamina B6-B12. Terminada la temporada, nuestro hombre se encierra discretamente en una clínica donde el simpático profesor X le someterá a una «exanguino-transfusión», es decir, su sangre envenenada es sustituida completamente por sangre fresca. En suma, un vaciado...».

«Desgraciadamente, este año las cosas han ido mal. Los controladores «anti-doping» le han obligado a detener el tratamiento. Usted mismo ha podido ver lo que ha sucedido entonces:

# LOS SECRETOS DEL «DOPING»



"Machin" se ha derrumbado y ha tenido que abandonar la Vuelta. Evidentemente, no todo el mundo es lo suficientemente hábil como para procurarse los servicios de un gran especialista, pues aparte de que no es fácil encontrarlos, son tremendamente caros. Los demás corredores se conforman con los "trucos" que les montan a lo largo del año sus propios cuidadores, en las pequeñas pruebas regionales. Pero lo evidente es que durante la Vuelta todo el mundo se droga».

El hombre que mejor conoce estos problemas es el doctor Dumas, que desde hace diez años asume la dirección médica de la Vuelta. Para él no hay ninguna duda; el «doping» es peligroso, inútil y funesto para la salud del deportista. A diferencia de la intoxicación crónica, pero relativamente limitada que existe al nivel del público medio, el «doping» deportivo produce una intoxicación aguda mucho más peligrosa.

### la insolación

Desde hace años, el doctor Dumas y sus colegas de la «medicina deportiva» desarrollan una dura lucha para erradicar estas prácticas anti-deportivas. El mismo cuenta cuál fue su sorpresa cuando, nombrado por primera vez médico de la Vuelta, descubrió las extrañas costumbres en uso en el mundo de los corredores. Ya que el «doping» no es la única práctica utilizada por los cuidadores. Una «médica» de

pueblo que oscilaba entre el faquirismo y los remedios caseros, entregaba los corredores a la discreción de vendedores de «pases magnéticos» y de «bálsamos irradiados» que no tenían más efecto que el de producir en quien los utilizaba enormes sarpullidos de eczemas.

En contra del buen sentido, un corredor dopado caía desfallecido al subir un puerto. Inmediatamente, los cuidadores le aseguraban al joven médico que se trataba de una «insolación». Comentario del doctor Dumas: «Me decía que si mi enfermo se moría de la insolación, pondría buena cara».

En la última Vuelta se pusieron a prueba nuevos métodos de análisis que permitieron calcular al miligramo la cantidad de «amfetamina» consumida por el corredor. Las «ovejas negras» fueron castigadas sin piedad, aunque todavía muchos se preguntan si la solución está realmente en las medidas represivas. ¿Cómo se puede justificar la prohibición del uso de estimulantes a los deportistas que tienen que realizar un esfuerzo a veces sobrehumano, cuando, por otra parte, se está fomentando el consumo masivo a escala del hombre medio?

Por su parte, los especialistas en medicina deportiva intentan definir una ética adaptada al mundo actual. Saben bien que no sirve para nada «soplar» a un corredor si a los pocos meses o algunos años de «tratamiento» se derrumba, completa-

mente desequilibrado. Hay que tener en cuenta que el sistema cardiovascular del hombre, y especialmente el del atleta, es sumamente frágil. Lo mismo ocurre con su metabolismo, con la única diferencia de que sus alteraciones son más suaves. Al deportista se le ha llamado, con propiedad, «el coloso de los pies de barro». Recientemente hemos podido presenciar la interrupción brutal de la carrera de un futbolista a causa de una inyección mal soportada.

Es necesario, pues, que el deportista, y sobre todo el deportista profesional, esté protegido, aun en contra de su voluntad.

Realmente, la discusión es insignificante. El deporte, inventado para compensar la pérdida de actividad física que nos supone la civilización, se ha convertido hoy en un fin en sí mismo y hasta en una profesión para sus representantes más brillantes. Tiene sus ricos y sus pobres. Para los primeros, se trata de la ilusoria protección de un gran especialista; para los segundos, el «estimulante de la suerte» descubierto al azar y utilizado por los cuidadores. Sin embargo, diez o quince años de éxitos pueden significar la compra de un pequeño café, o también de la gran tienda de deportes. Para el deportista, el éxito ideal es el alcanzado por el viejo Louison Bobet, sobrevolando en su avión particular el complejo sanitario de Quiberon, del que es propietario y director. Precisamente para alcanzar este ideal, los «esfor-

zados de la ruta» trepan los puertos alpinos bajo la lluvia, el frío o el sofocante calor. Con el rostro crispado, las piernas pesadas como el plomo, un peso de cien kilos sobre las espaldas, pedalean como locos hacia el dorado retiro.

El «doping» deportivo no puede ser aislado del contexto general. Si un director de carrera tiene derecho a doparse para dormir, ¿por qué prohibírsele a un deportista?

En todo caso, mientras el público permanezca mal informado de los peligros que comporta la utilización de estimulantes, el «doping» continuará desarrollándose y la represión no cambiará prácticamente nada.

MARC GILBERT

*Hace unos días ha aparecido en la prensa la noticia de que el campeón de España en medio fondo, Pedro J. Gomila, se veía obligado a abandonar este deporte por prescripción facultativa. El médico que le ha examinado, doctor José María Cortada, ha declarado taxativamente: «Yo creo que hay en la lesión que sufre Gomila muchos motivos, pero el "doping" es el principal de ellos y todos los restantes son resultado de éste. Lo que tiene en el fondo es una alteración en la circulación coronaria, y además una dificultad en el aprovechamiento del oxígeno que respira». (N. de la R.)*